

cional por Casa Alianza de América Lat-
na, fue llevada a cabo en España por la

Una de las anécdotas más destacadas la
protagonizó un ciudadano inglés que

ma es encontrar un lugar en el que alojarse
a los desplazados.

GoyP-2352(1)

Recordando a José Agustín Goytisolo, por María Lavalle

Mucho antes de conocerlo a él, a mí me habían gustado sus poemas. En ellos uno encontraba tantas cosas: ternura, sarcasmo, risas, palabras de gran belleza, una forma de entender la vida. O también la desesperación de no entender nada....

Su poesía te atrapaba de inmediato, te convertía en su cómplice.

Conocí a José Agustín cuando vino a dar una conferencia en la Universidad Autónoma de Madrid. Le propuse dar unos recitales juntos y aceptó enseguida, lo cual me dio una gran alegría. De manera que nos pusimos a trabajar en el guión del espectáculo, él en Barcelona y yo en Madrid. Nos pasábamos muchas horas al teléfono pensando en cada poema, en cada canción, en qué orden irían, cómo los uniríamos y por qué.

Una mañana me desperté con el guión de «Al Conjuro de las Horas Quemadas» entre las manos.

Actuamos tres días en Madrid en abril de



J. A. Goytisolo, miembro del P. de Honor de FAIP

1996. Y llegó el día del estreno. Los dos primeros días todo salió como estaba previsto. El teatro estaba lleno, el público salía muy contento. Todo sería muy distinto cuando llegó el último día.

Nada más salir a escena, me di cuenta de que José Agustín se comportaba de manera distinta. Comenzó a hablarle al público impro-

visando, no seguía ningún orden, pedía a voces al técnico un constante cambio de luces, él decía el poema que le parecía.... un caos terrible y delicioso comenzó a reinar. Primero tuve un momento de pánico, pero al ver cómo se reía el público, comencé a seguirle el juego, improvisando yo también. José Agustín estaba feliz con la trastada que nos estaba haciendo. Era como un niño travieso decidido a divertirse. ¡Y vaya si lo consiguió! A los técnicos de luz y sonido casi les da un infarto, los músicos hicieron lo que pudieron; en cuanto a mí, todavía me pregunto cómo fui capaz de cantar sin darme apenas cuenta de lo que estaba haciendo. Él estaba feliz.

Terminó la función, nuestra última función. Al llegar al camerino, ya todos más distendidos, entre risas le reproché su actitud. Entonces me contestó algo que se me quedaría grabado para siempre. Algo que se podría aplicar, creo, a toda su vida.

José Agustín se dio la vuelta y sonriendo me dijo: «Niña, yo siempre me salto el guión.».